El alcaraván que dibujaba círculos alrededor de todo

Shyvirelle | RelatosCortos.org

En el patio que compartían los animales había una franja de tierra blanda. Allí el alcaraván imaginaba un jardín. Cada mañana hundía la punta de una ramita en el barro y trazaba círculos donde algún día, decía, crecerían flores.

El primer círculo rodeaba una maceta en la que había enterrado una semilla. Después dibujó otro junto al abrevadero y otro cerca de la sombra del limonero. Una tarde hizo tantos que el patio parecía una bandeja llena de platos.

—¡Cuidado! —avisaba cuando alguien pasaba—. Ahí habrá una flor amarilla.

La tortuga levantaba una pata y daba un rodeo.

—¿Y aquí? —preguntaba, delante de otro círculo.

—Una violeta —decía el alcaraván.

—¿Ya la sembraste?

—Todavía no. Pero ese sitio le quedaría muy bien.

La tortuga buscaba otro camino. Al principio lo hacía con paciencia. Luego empezó a llegar al agua cuando los demás ya habían terminado de beber.

El ratón, que llevaba semillas al pequeño granero, avanzaba dando saltos para no pisar las marcas. Una mañana dejó caer la mitad de su carga.

—¿Cuáles son plantas y cuáles son ideas? —preguntó mientras recogía las semillas.

—Todas podrían ser plantas —respondió el alcaraván.

El ratón señaló un círculo junto a la pared.

—Pero ayer guardé ahí mi cesta. Necesito pasar.

—Solo un momento. Cuando florezca, será precioso.

El ratón levantó la cesta y siguió por el borde del patio. No discutió más. El alcaraván creyó que había comprendido la importancia del jardín.

A la mañana siguiente cayó una lluvia corta. El barro se ablandó y algunos círculos se deshicieron. El alcaraván corrió a marcarlos de nuevo. Cuando terminó, tenía las patas manchadas y apenas le quedaba tiempo para regar la única maceta donde sí había puesto tierra y una semilla.

La lagartija lo observaba desde una piedra.

—Tu jardín ocupa casi todo —comentó.

—Algún día dará sombra y flores.

—Hoy ocupa el camino —respondió ella.

El alcaraván se molestó. Pensaba que nadie veía cuánto esfuerzo ponía en dibujar. Tomó otra vez la ramita para hacer un círculo más, justo delante de la puerta del granero.

El ratón salió cargando su cesta y tuvo que detenerse. Miró el nuevo borde de barro. Luego miró el suelo vacío dentro de él.

—No puedo cruzar sin pisar una flor que aún no existe —dijo—. ¿Qué hago?

Esta vez el alcaraván no encontró una respuesta rápida. La tierra del círculo estaba lisa. No había un tallo, una semilla ni una hoja. Solo la huella de su ramita.

—Puedes pasar —murmuró.

—¿Y los otros?

El alcaraván miró el patio desde la puerta. Vio a la tortuga esperando junto al agua y a la lagartija sobre una piedra muy estrecha. Todos habían aprendido a esquivar lugares que él todavía no había cultivado.

Buscó un trapo húmedo y empezó a borrar. No tocó el círculo de la maceta: allí había sembrado de verdad y podía llevar agua cada día. Los demás se fueron deshaciendo, uno tras otro, hasta que volvió a verse el camino.

—¿Has renunciado a las flores? —preguntó la tortuga, al pasar por primera vez en línea recta.

—No —contestó el alcaraván—. Voy a empezar por una que pueda cuidar.

Durante varios días llevó agua a la maceta, poca y despacio. Ya no anunciaba una flor distinta en cada rincón. Una mañana vio que la tierra se había levantado apenas y asomaba un brote verde, pequeño como el extremo de una uña.

El ratón cruzó el patio con su cesta. Llegó junto a la maceta y se detuvo por propia voluntad.

—Ahora sí veo algo —dijo.

El alcaraván se acercó para mirar con él. No dibujó otro círculo. Se sentaron a un lado, dejando libre el camino y un poco de sitio para que creciera la planta.